Hasier Larretxea

Otro cielo

ESPASA ES POESÍA

OTRO CIELO

Hasier Larretxea

ESPASA ES POESÍA

ESPASAesPOESÍA

© Hasier Larretxea, 2022
© Editorial Planeta, S. A., 2022
Espasa, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A.

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 19.400-2021
ISBN: 978-84-670-6392-9

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Liberduplex

Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Certificado PEFC
Este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y fuentes controladas
PEFC
PEFC/14-38-0C305
www.pefc.es

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible.**

I

La infancia eran aquellos partidos de pelota en el espacio convertido en garaje. Sorteábamos ladrillos, barrotes de metal, carretillas. La presencia de los restos, de todo aquello que nos esperaría con la edad adulta; el polvo de la obra, sacos y más sacos apilados. En ese lugar donde nos prometieron un parque infantil no creció más que maleza entre el material de construcción abandonado.

II

Pronto aprendimos que la palabra se diluye con la misma fragilidad de aquellos juegos de la infancia. Cuando el balón caía al prado había que sortear la alambrada. Las cicatrices fueron moldeando los prefijos en las tardes en las que las miradas resguardaron su campo de visión detrás de los bordados de las cortinas.

III

Corríamos para ver quién era el más rápido con las tareas asignadas. Ortografía, caligrafía, sumas y restas. Con los años, perdiste el interés en el aprendizaje. La tarea llegaba con manchones de aceite, de chistorra o de chocolate. Pronto aprenderíamos que la vida se parecería a aquellas primeras incursiones que hacíamos monte abajo con cualquier cosa que nos sirviera para deslizarnos sobre la nieve. Quisimos ir tan rápido que el impacto contra la pared hizo que nos arrastráramos al otro lado, al borde del riachuelo. Las caídas nos han ido dejando diferentes restos sobre la piel. Las huellas imborrables de la infancia.

IV

No parábamos de cantar y de saltar nada más salir de clase. Cada día temíamos los ladridos desatados del perro. Que se liberara de la cadena que lo sujetaba y nos mordiera. No hubo día que no nos ladrara al pasar por delante. Su hocico llegaba hasta centímetros de nuestro paso del camino que nos llevaba al colegio o a la iglesia. Cada día nos acecharían los colmillos de la amenaza a unos pocos centímetros desde que fuimos niños. Aprendimos a caminar rozando la irregularidad de la pared, con las cazadoras y mochilas llenas de musgo y de barro.

V

Lloraste desconsolada cuando manchaste de barro el nuevo vestido asustada por la reprimenda de tu madre. Eras la primera para jugar a pelota o fútbol. En correr pendiente arriba o saltar la alambrada. El campo nos daba una libertad ilimitada. Redondeábamos aquellas expresiones sonrosadas junto a los profesores que iban cambiando cada año en la fotografía que nos sacaban en junio en las escaleras de la iglesia. Aún los recordamos. Sería bonita una fotografía conjunta de nuevo. ¿Dónde estarán ellos? ¿Seguirán ejerciendo como profesores rurales? ¿Qué recordarán de aquellos años? ¿Y nosotros, cuando el tiempo nos ha convertido en unos absolutos desconocidos? La infancia es esa patria del descubrimiento en la que enarbolamos la bandera de la inocencia.

VI

Para los días de lluvia, construíamos chabolas en los hayedos con palos y plásticos. Allí, comíamos pipas o jugábamos a cartas. Con los años, empezaron los vetos. Se convirtieron en cotos privados.

VII

Siempre jugábamos en el barrio al otro lado del río, en la plaza, antes de que reformaran el abrevadero donde nos refugiábamos en los días de lluvia, mucho antes de que construyeran el frontón. Nunca llegaron a comprarme una caña de pescar. Nunca aprendí cómo introducir la lombriz en el anzuelo, tampoco a montar en moto. Tenía una de plástico, que me regalaron de niño. En una fotografía aparezco con el casco puesto y sonriente al lado de mi padre. Él era más joven que yo ahora. Dicen que compartimos la misma mirada.